





Desde una casa llena de grandes amores profundos y una resiliencia forjada en el tiempo, nace mi historia. Fui una niña marcada por el miedo, la duda incipiente y una curiosidad silenciosa. En mis primeros pasos educativos era la “niña sin voz”, aquella que —desde la cuna— prefería el refugio del silencio. Recordar esa etapa me llena de una mezcla de nostalgia y gratitud, pues la Amanda de hoy encarna precisamente lo opuesto. Bien dicen que la vida no se lleva; se recoge, se transforma y se devuelve al mundo con una nueva fuerza.

En mis juegos infantiles ya imaginaba mi firma al calificar, mi autógrafo como una promesa futura. Hoy, esa fantasía se materializa en mis prácticas preprofesionales, donde evalúo con la cautela y la empatía que la memoria me exige. Al mirar a mis

alumnos, me reflejo inevitablemente en mi época de estudiante.

Recuerdo una existencia marcada por la exclusión en todos sus matices dentro del contexto escolar. El lenguaje de los docentes, diseñado quizás para moldear valores, se convirtió en una fuente de desequilibrios emocionales y personales para mí. Las risas a mis espaldas, los prejuicios, los apodosos y las comparaciones generaron un miedo profundo que me confinó al silencio.

La exclusión me enseñó a ser una observadora estratégica. La ventaja de ocupar un espacio distante me permitió percibir mi contexto con una agudeza singular y comprender mi papel en él. Disfrutaba tejiendo escenarios mentales: me inventaba las probabilidades de las dinámicas sociales ajenas

y analizaba las causas y las consolidaciones de cada acción.

Ahora, en mis prácticas, logro ver con profundidad y compasión a los alumnos que se repliegan. Cuando usan el sol o el frío como excusas para no salir, comprendo que es un escudo para evitar que insistamos en la libertad de potenciar sus habilidades sociales y físicas. Es crucial reconocer que estímulos como el ruido pueden generar genuinas molestias e irritaciones. De ahí la necesidad ineludible de conocer a nuestros alumnos en su individualidad, sus gustos y sus aversiones.

Me resuena con particular incertidumbre la frase “Pasar calentando el asiento”. Esta idea concibe al estudiante como un ser pasivo, esperando que el docente lo mueva y lo guíe. El movimiento propio se cataloga como “falta grave” o “inquietud”. Por ello, el asiento quieto parece la solución más cómoda.

A menudo me señalaron por distraerme. “Si ves un mosco que vuela, no sabes ni dónde estás sentada”, me decían. Ahora, entiendo que, si un niño hace lo mismo, es porque está profundizando su imaginación y explorando probabilidades. No debemos coartar esa potencialidad. La curiosidad de un alumno no es distracción: es la alquimia que convierte la imaginación en una realidad posible.

Lamentablemente, todo lo que imaginé y analicé durante años se quedó en lo interno. Los resultados, sin embargo, llegaron a la universidad. Desde el primer ciclo, asumí un rol consciente de investigadora en observación académica. Empecé a registrar apuntes y a buscar respuestas a las dinámicas áulicas, conectándolas con las brechas familiares y comunitarias.

Esta faceta investigadora se convirtió en mi indicio para contribuir de manera activa. Recibí comentarios positivos sobre mi rendimiento en el área, pero la incredulidad me hizo resistirme. Fue el fuerte apoyo emocional y la evidencia lo que me impulsó a integrarme al Grupo de Investigación Pensamiento Práctico Pedagógico (GI-PPP).

El GI-PPP se presentó como un desafío donde pude comprobar mi verdadera fortaleza, pues participé en proyectos centrados en la investigación

inclusiva. Este espacio me ha permitido analizar diversas realidades educativas en situaciones de vulnerabilidad. Lo más valioso ha sido reconocer la fuerza inmensa de los docentes para incentivar sueños e ideologías que verdaderamente contribuyen a un futuro factible para sus estudiantes.

Mi primera inmersión en un grupo de investigación resultó ser una revelación sobre el poder del colectivo docente. El contexto de Nabón me demostró que la sinergia y la fuerza unificada de los educadores se convierte en un motor continuo, indispensable para indagar, transformar la práctica pedagógica y, en última instancia, enriquecer la enseñanza que ofrecemos a nuestros estudiantes.

A nivel personal, este camino estuvo lleno de altibajos emocionales. Navegué entre el miedo a lo desconocido y la pesada carga de intentar cumplir expectativas ajenas. Existió la lucha interna por validar el propio esfuerzo frente a la mirada externa. Sin embargo, con el tiempo, la lección se hizo clara: esta necesidad de validación no debía ser mi ancla. La única métrica que importa es la autenticidad. Aceptar mi propio proceso, mis ritmos y mis logros y sentirme plenamente yo misma en este espacio de crecimiento han sido las verdaderas recompensas.

Abracé la oportunidad de unirme al grupo de vinculación con la sociedad EDUWAWA. En este proyecto, centrado en la estimulación del lenguaje en las primeras edades, me sentí profundamente reflejada. Como mencioné: mi infancia estuvo marcada por el silencio. De hecho, apenas comencé a hablar con cierta fluidez —alrededor de los cinco años— gracias a la imprescindible terapia de lenguaje.

Así, encontré otra pieza crucial en el rompecabezas que me conforma: comprender las razones de mi tardío desarrollo oral y, sobre todo, descubrir cómo se puede revertir esta situación. La respuesta fundamental es simple pero profunda: amor incondicional y una inmensa comprensión.

Los niños forjan su comunicación desde el núcleo familiar; practican y aplican todo lo que escuchan. Si, por el contrario, no reciben la

motivación necesaria para articular palabras y sus necesidades se satisfacen únicamente a través del llanto o los “caprichos” sin exigir una comunicación oral, su desarrollo lingüístico se estancará.

En este proceso, el docente emerge como una figura vital. No solo debe ser un guía, sino un agente catalizador que proporciona los estímulos necesarios a través de dinámicas, juegos y música. Al narrar cuentos, por ejemplo, y acompañarlos de una rica expresión corporal y facial, los niños no solo aprenden a comunicar verbalmente, sino que también desarrollan habilidades sociales y éticas. Aprenden a ser más humanos al volverse descriptivos de sus emociones, ya que verbalizan lo que les molesta o les agrada.

He encontrado en herramientas como los títeres (apoyados por el arte de la ventriloquía, una habilidad que me esfuerzo por dominar) una vía mágica para crear ese puente comunicativo. De

este modo, mi silencio pasado se convierte en la fuerza y la empatía para asegurar que cada niño encuentre su propia voz a tiempo.

Como verán, este momento representó la transición fundamental hacia mi nueva identidad, manteniendo siempre el rastro, la brecha fundacional, de cómo emergí de mi proceso. Fue una etapa de moldeamiento consciente, de pulir y limpiar cada pieza de mi ser.

Tras un arduo trabajo interior, mi actitud y autoestima se fortalecieron significativamente. En este nuevo capítulo, Amanda continuó su proceso de sanación profunda, ya que se permitió explorar y conocer nuevos ambientes. Estos espacios, donde me sentía genuinamente bienvenida, me ofrecieron la libertad para comprender el mundo y a los demás sin perder mi esencia. El objetivo final: ser plenamente auténtica y humana en cada interacción, y llevar la vulnerabilidad como una fortaleza.